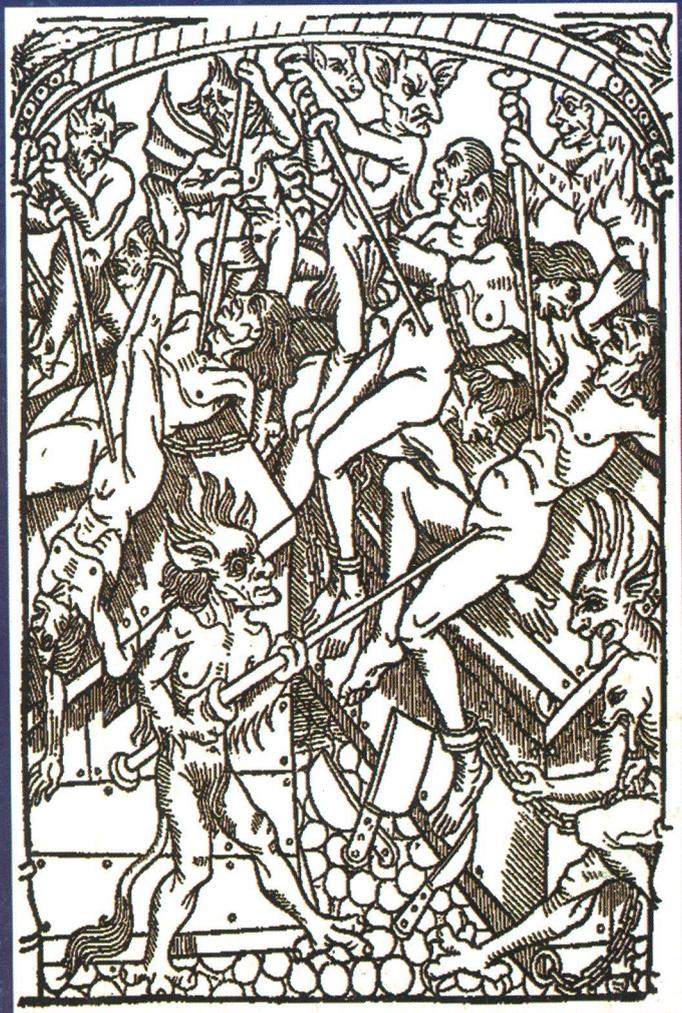


EL CUERPO FEMENINO

COMO VÍA DE TRANSGRESIÓN

Silvia Guadalupe Alarcón Sánchez



sigla

Universidad Autónoma de Guerrero
Dr. Dolores Arturo Contreras Gómez
Rector
Dr. Román Ibarra Flores
Secretario General
Dr. Agustín Damián Nava
Director General de Integración de las Funciones Sustantivas
M.C. Javier Saldaña Almazán
Director General de Planeación y Evaluación Institucional
Dra. Felicidad del Socorro Bonilla Gómez
Directora General de Innovación de la Red Académica
Lic. José Luis González Cuevas
Director del Desarrollo de las Actividades Académicas.

 Programa Editorial
Nueva Visión 2007

EL CUERPO FEMENINO COMO VÍA DE TRANSGRESIÓN

Primera edición: diciembre, 2007

Derechos reservados:
D.R. ©Silvia Guadalupe Alarcón Sánchez
D.R. © SIGLA Ediciones
Editor: Isaías Alanís

Portada: Nicolas le Rouge: Le grant kalendrier des Bergiers
Viñetas: Hans Baldung Grien
Diseño de portada e interiores: Alanís-Arrieta
Foto portada: Ivan Arrieta

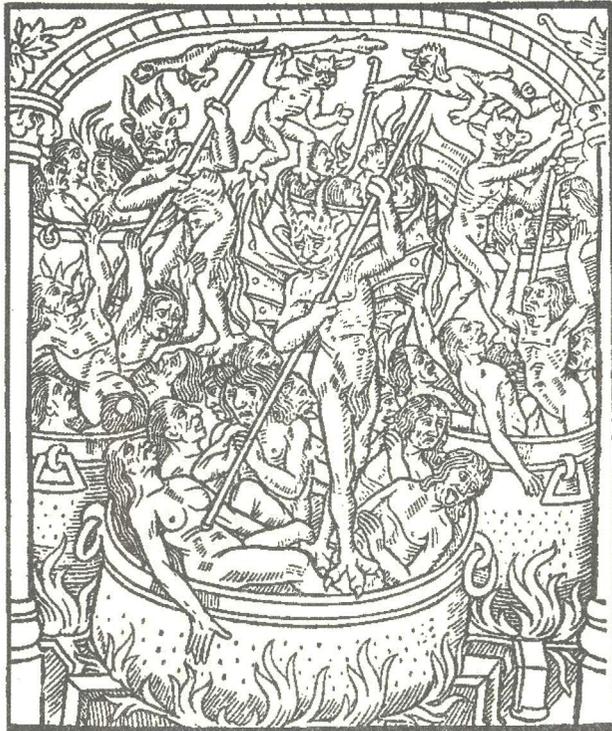
Queda rigurosamente prohibida, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

ISBN: 978-968-6766-47-9
Impreso en Mexico / *Printed in Mexico*

Índice

INTRODUCCIÓN	11
EL CUERPO COMO TRANSGRESIÓN	19
LO SOBRENATURAL COMO TRANSGRESIÓN	35
CONCLUSIÓN	49
BIBLIOHEMEROGRAFÍA	53

INTRODUCCIÓN



Nicolas le Rouge
Le grand kalendrier des Bergiers

A l finalizar la Edad Media, época de contradicciones, se ensalzaba la castidad y la fidelidad conyugal y aunque no se hacía mucho caso de estos preceptos, ya que reinaba un ambiente de sensualidad que el ascetismo sólo logró exacerbar, en general se vivió una época de desenfreno, donde el pecado y el vicio fueron parte consustancial de la sociedad, y que de algún modo pudo haber influido en épocas y lugares distintos como en América, donde esta convivencia de extremos se manifestó en el Barroco. En este marco, la Iglesia aparece como la institución del orden y del buen vivir que se encargará de castigar una sensualidad no sublimada. Aunado a lo anterior se pugnaba por un ideal de perfección, lo cual consistía en llevar una vida de pobreza, obediencia y castidad. En este sentido se privilegió a aquellos que escogían una vida monacal para salvarse, y a los que llevaran una vida ejemplar y devota, ya que se decía, tendrían más perfección y aceptación de Dios. Existió una didáctica de los predicadores que buscó las visiones del cielo y del infierno, entre seres del bien y del mal, que representaban fuerzas siempre en lucha y cuyo fin no siempre era predecible, por lo que había que vivir con temor. Las mujeres que actuaban fuera de su función tradicional simbolizaban el desorden general en la sociedad y fueron condenadas aquellas que no permanecieron dentro de las esferas asignadas; el cometido preferible para la mujer fue el ser esposa y madre. Estas ideas conducen a pensar en la existencia de condiciones que probablemente empujaron a la mujer a la transgresión, pues es bien sabido que ella fue la reprobada, la infractora del orden; con ello me refiero a aquellas religiosas que tuvieron un com-

portamiento diferente a las demás y que por lo mismo fueron sospechosas de herejía, de posesión o de santidad; asimismo será importante meditar sobre la vida en el claustro y sus repercusiones. Como consecuencia se puede pensar que bajo la etiqueta descalificante de superchería y extravagancia podría haber una compleja y profunda realidad humana a la que debemos llegar al fondo para transparentar esa realidad humana. Esa actitud se volvió cotidiana en los conventos y ello nos lleva a pensar, ¿La religiosidad femenina fue una fuga de las violencias ejercidas en las mujeres? ¿Buscaron con ello un protagonismo social y una autoafirmación personal? Ciertamente algunas mujeres fueron charlatanas, reforzando el deseo de sentirse reconocidas, pero otras ansiaron la espiritualidad.

Existieron muchos argumentos religiosos sobre las excelencias del encierro, atañendo a la mujer casada a la que se le exhortó al retiro y a la enclaustración doméstica. En el caso de las monjas, la virtud de la honestidad apareció sobrevalorada, pues en ausencia de los hombres sólo el grosor de los muros era garantía, y quienes ayudaban a violar la clausura de las religiosas y manchaban su honor, se les podía matar o azotar según el delito.

Para el ingreso en los conventos influyó la idea del honor familiar y el celibato. A las mujeres se les condenó a vivir en un mínimo de libertad y de reclusión, a las casadas se les obligó al recogimiento, al mundo interior, a lo doméstico, a la lectura de libros de pedagogía y libros devotos. El hogar o el convento fueron las dos posibilidades que tuvo la mujer, pero siempre regida bajo la autoridad del hombre. Incluso hubo quienes creían

en una debilidad mental de la mujer que algunos veían como insalvable.¹ En el siglo XVI, Laurent Joubert, entonces rector de la universidad de Montpellier, decía:

La mujer ha nacido para el sosiego, y para la sombra, al abrigo de su casa, que ella debe llevar como hace el caracol o la tortuga. Y le conviene ser cuidadosa de su belleza natural, para proporcionar honestamente placer a su marido; el cual recreándose con su compañía y amistad, disminuye y olvida las fatigas resultantes de sus esfuerzos y labores, relajando dulcemente la tensión del espíritu. Ésta es la razón por la cual Dios ha creado a la mujer, compañera del hombre, más bella y delicada, induciéndole un deseo curioso de conservar su belleza, a fin de ser más agradable.²

Debido a la especial situación social y familiar en la que la mujer se encontraba, sobrevino una frustración asumida conscientemente por varias, de ahí que un objetivo compartido fue encontrar en el 'yo' una promoción individual como sujeto de su propia elección, es decir, tenían que buscar un camino que las llevara a la realización de sus aspiraciones, al cumplimiento de su necesidad de ser, lográndolo algunas a través del camino religioso.

1 Véase a Sergio Ortega, "De amores y desamores", en Sergio Ortega, Lourdes Villafuerte García, et al, Amor y desamor. Vivencias de parejas en la sociedad novohispana; Solange Alberro, "El discurso inquisitorial sobre los delitos de bigamia, poligamia y de solicitud", en Seis ensayos sobre el discurso colonial relativo a la comunidad doméstica; Solange Alberro, Inquisición y sociedad en México 1571-1700

2 Jean Delumeau, El miedo en occidente., pp. 471, 483.

Se concebía a la mujer como instrumento del demonio, como factor de disolución social cuando transgredía las normas, como enemiga del hombre, causante de desdichas, de acuerdo a su condición biológica debería estar sujeta a él, era inferior, y se argumentaba que hasta su propio cuerpo estaba formado para tener hijos. Pensadores como Gaspar Navarro se expresaba así de las mujeres: "como un ser más débil en comparación con los hombres, confunden las cosas del cielo con las del demonio, son más soñadoras, e imaginativas, menos prudentes." Fray Cristóbal de Fonseca sentencia que las mujeres sólo debían tener "tres salidas: a bautizarse, a casarse y a enterrarse."³

En los sermones se exigía a la mujer autonegación y obediencia y los sacerdotes que las dictaban tenían un poder paternal sobre las mujeres instruyéndolas, denunciándolas y vigilándolas, las mujeres consideradas débiles y por lo tanto amigas fáciles de Satán, se convertían en adversarias de los hombres, de ahí la continua vigilancia a la que tenían que ser sometidas, esta idea provenía de la Europa medieval:

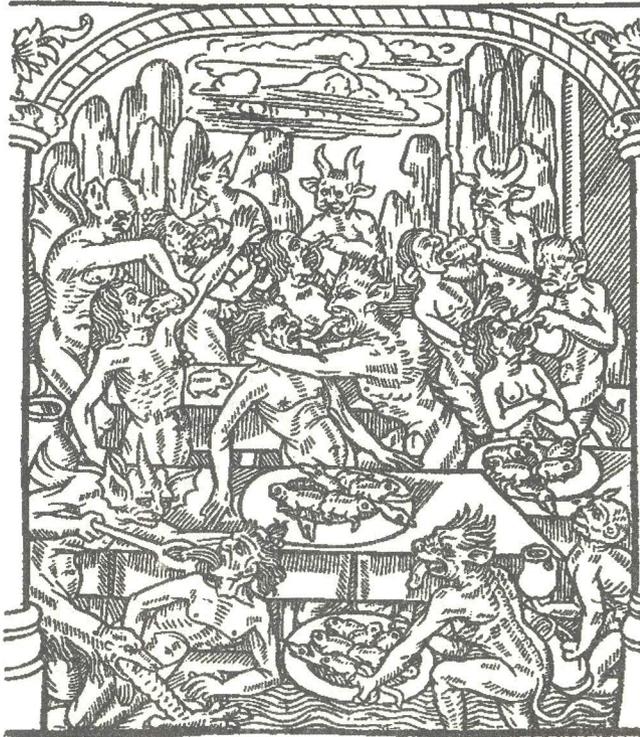
Lo mismo que el judío, la mujer fue identificada entonces como un peligroso agente de Satán; y no sólo por hombres de la Iglesia, sino también por jueces laicos...el miedo a la mujer [fue] lo que dictó a la literatura monástica aquellos anatemas periódicamente lanzados contra los atractivos falaces y demoníacos de la cómplice preferida de Satán.⁴

³ Citado por José Luis Sánchez Lora, *Ibid*, Mujeres, conventos y formas de la religiosidad barroca, p. 50.

⁴ Jean Delumeau, *Op. cit.*, pp. 471-483.

La desconfianza en los sentidos fue una característica del Barroco ya que se pensó que la realidad tornadiza engañaba con lo aparente, podía suceder que el demonio hiciera parecer que las cosas mudaran su naturaleza. La influencia de estas ideas que determinaron las líneas de pensamiento y de actuación pervivió años después y se reflejó en los escritos monacales, ya que las monjas estaban condicionadas por la anulación de algunos placeres proporcionados por los sentidos y cuya vida de enclaustramiento hizo posible su sometimiento. De este modo se gestó en la literatura didáctica o religiosa un tipo de discurso en el que el cuerpo femenino ocupó un lugar protagónico.

EL CUERPO COMO TRANSGRESIÓN



Nicolas le Rouge
Le grant kalendrier des Bergiers

El cuerpo femenino ha sido objeto de estudio desde diferentes perspectivas artísticas. En literatura ha tenido un papel preponderante y esto es observado a través de la historia. En los siglos XVII y XVIII en la América española, la mujer tuvo que acudir a la transgresión de su cuerpo para conseguir el reconocimiento de una sociedad sumamente religiosa y acentuadamente patriarcal. El antecedente está en épocas pasadas.

En la Europa medieval se asoció el cuerpo femenino con el pecado, lo femenino con el cuerpo y lo masculino con el espíritu; la mujer estuvo relacionada con:

Trances, ataques catatónicos, anorexia o incapacidad para ingerir alimentos (salvo la Eucaristía), lactancia milagrosa, exudación de aceite dulce, estigmatización, enfermedades continuas. Así las mujeres, más propensas a somatizar la experiencia religiosa y a utilizar su cuerpo como un instrumento místico, se convertían en el receptor espiritual ideal gracias a su capacidad para manipular el sufrimiento.⁵

En la América española las mujeres, desde niñas, aprendían y vivían en la religiosidad, toda su existencia se relacionaba con actividades de la iglesia, sus salidas muchas veces eran hacia alguna festividad religiosa, sus lecturas, aunque pocas, se referían a la religión; posiblemente, las pláticas provenientes de sus

⁵ Tomado del libro de Caroline Walker Bynum, titulado *Fragmentation and Redemption*, pp. 181 y ss. Citado en Rubial García, Antonio, *La santidad controvertida. Hagiografía y conciencia criolla alrededor de los venerables no canonizados de Nueva España*, p. 27.

mayores eran sobre temas religiosos. En ese entonces la mujer tenía valores como la castidad y la virginidad que eran medios para llegar a la perfección o al menos al ideal femenino, subrayando que estas virtudes eran del agrado de Dios, sólo comparable con las de los ángeles.

Escritos pertenecientes a esos años mostraron temas autobiográficos donde la preocupación era clara: dar a conocer a los demás su existencia, su modo de vivir y pensar; fue así que los textos se movieron entre la literatura y el documento. En este sentido la mujer buscó siempre un reconocimiento que le estuvo vedado, perteneciente a un campo masculino. Posteriormente las mujeres reciben una tradición feminista que se concreta en sus textos, y que dio cuenta del ámbito doméstico para llegar a una preocupación referente al espacio social y cultural.

El cuerpo humano fue fenómeno de preocupación artística durante largos periodos de la historia. En la época colonial, se le cubre con ropa y adornos costosos y se exacerban los sufrimientos tratando de alcanzar la gloria.

En esa época prevalecieron normas de conducta para las mujeres que social y teológicamente fueron establecidas como deseables y valiosas: obediencia, docilidad, humildad, sacrificio y aceptación incondicional de lo que dijeran padres y maridos, así como restricciones y estereotipos, existiendo una persuasión imperativa.⁶

Existió la preocupación por parte de las autoridades de dar a través de la educación un cambio de vida y de creencias a los habitantes del Nuevo Mundo, parte de estas creencias era el dominio de las pasiones carnales. La autoridad de la jerarquía eclesiástica hacía que las mujeres estuvieran subordinadas a las

⁶ Cf. José Luis Sánchez Lora, op. cit., p. 147.

órdenes religiosas masculinas, reprimiendo, controlando o, si era necesario, eliminando las conductas subversivas.

La mujer se hallaba supeditada al hombre en la vida pública y en la familiar. Para ella sólo existía el trabajo en la casa paterna hasta que se casaba o ingresaba en un convento. Otra condena a la mujer fue a través de su cuerpo, el cual fue visto como culpable del mal y, al asociarlo con la brujería, la llevó a portar un estigma que duraría siglos. Una explicación de ese mal lo dieron los religiosos, quienes, hay que recordarlo, son los que tenían el poder de la escritura; argumentaban que la mujer era un ser propenso al mal y un peligro para el hombre; en el caso de las religiosas que habían logrado ser santas lo eran por la gracia y ayuda de Dios, no por el esfuerzo de ellas mismas, en cambio los religiosos como llevaban una vida encaminada a la perfección, lo lograban naturalmente. Las mujeres sufrieron violencia y encierro, estas acciones conllevaron un sentido de inferioridad, producto de la visión de la Iglesia, alegando que debían respeto y sumisión al varón.

En la mística, lo corporal toma una importancia decisiva donde los sentidos sirven para entrar en comunicación con el Otro a través de los lenguajes del cuerpo.

Con el afán de lograr un acercamiento a Dios, las monjas se valieron de tormentos en el cuerpo, del rezo constante, sin embargo son pocas las que fueron reconocidas, una buena parte de ellas tuvieron que recurrir a estrategias con el fin de lograr la tan ansiada espiritualidad, que ya había sido atacado por otros religiosos debido a la forma como se conseguía, un ejemplo de ello fueron las beatas, quienes se valieron de las creencias

haciendo suponer que hacían cosas extraordinarias, y como la aceptación de lo sobrenatural era bien acogida, varias de ellas lograron prestigio y respeto social. La mortificación según Sánchez Lora es una característica del Barroco y un acatamiento de premisas religiosas: "La sociedad del Barroco tiene su fiel reflejo y su continuación en estos miembros del clero, que admiten y practican la autotortura como medio de acercarse a la espiritualidad en la que les ha instruido su orden, y en último extremo, a Dios."⁷

Existía la idea de que los cuerpos no sólo reflejaban la gloria que sus almas recibían en presencia de Dios, sino que eran también el lugar donde las personas eran recompensadas o castigadas y esto se reflejó en las hagiografías virreinales en donde se veía la incorruptibilidad y los signos milagrosos.

Esta actitud deviene de la idea de que el hombre debía prepararse física (por medio de castigos al cuerpo) y espiritualmente (a través de la oración, de la contemplación), para la vida en el más allá, que finalmente era la que importaba.

El manejo del cuerpo fue determinante para que la mujer detentara poder, por lo que los ideales más difundidos fueron la virginidad y la castidad. De hecho el consejo cotidiano en los sermones sobre la destrucción sistemática del cuerpo pretendía aniquilar la sexualidad argumentando que el padecer era parte de la naturaleza humana. La repulsa al cuerpo se nota por medio de los sentidos: el corte de pelo para que la vanidad no se manifieste; los ojos, que eran ocasión de pecado, y que en algunas se presentó como ceguera temporal, dieron cuenta de un sacrificio que exigía Dios; en el habla se recomendaba la parquedad,

7 José Luis Sánchez Lora, *Mujeres, conventos...*, pp. 243-245.

y sometimiento de la sed y el hambre; al cuerpo lo presionaban oprimiendo sus senos, y la cintura era castigada con agudos cilicios, las manos tenían que ejecutar pesados trabajos, el cuerpo entero debía contenerse luchando contra los sentidos.⁸

La sumisión de la mujer es otro elemento distintivo. La honra familiar es obsesiva y se manifiesta en la clausura que hacían guardar a las religiosas. Para toda mujer sin dueño, la única forma honorable de vivir sin murmuraciones era el claustro. El convento ofrecía encierro y salvaguarda pública de la honra, pues la honra siempre era pública, y sustento material. En el claustro se reproducía la condición para una vida óptima femenina guardando la honestidad, es decir la guarda de la castidad.

El control que se ejerció para mantener en clausura a las mujeres les ocasionó un total aislamiento físico y psicológico. Una forma de castigar a la mujer transgresora era a través del encierro y castigos físicos, estos fueron vistos como un ejercicio de catarsis, como una purificación del espíritu por medio del dolor; el enclaustramiento también se utilizó como un medio para eludir un matrimonio deshonoroso, para concentrar la herencia en manos de los hijos varones, o para casar a alguna hija con mejor dote; en estos casos la búsqueda de experiencias tales como éxtasis, visiones, o posesiones demoníacas fue un escape como respuesta a esa situación forzada.

La penitencia corporal y espiritual, los constantes ayunos y oraciones, perseguían la purificación del alma como un paso para llegar a niveles más altos como el misticismo; la religiosidad

8 Es preciso subrayar lo difícil que debió haber sido vivir en una sociedad que gozaba de festejos, de procesiones, de una literatura como la barroca, todo ello colmado del goce sensual junto a una estricta prohibición que ordenaba deserotizar el cuerpo.

colonial perseguía con afán la santidad, sin embargo los actos como éxtasis, visiones, revelaciones, fueron considerados heréticos, mientras que para el vulgo fueron señales indiscutibles de santidad. Ciertamente hubo hechos que rebasaron la línea impuesta por la ascética, como el caso de mujeres que sangraban y cuyo único propósito era engañar para ganar dinero o bien como un acto exhibicionista:

[...] por un lado, la opinión pública solía reconocer a las mujeres extáticas y visionarias fuertes poderes espirituales, de manera que muchas personas acudían a ellas para escuchar sus consejos y obtener su intercesión; por otro lado, el peligro del engaño (impostura o herejía) incitaba a las autoridades religiosas a controlar con cuidado estas mujeres y sus manifestaciones públicas.⁹

El misticismo del siglo XVI fue la manifestación de un renacimiento religioso genuino y una reacción en contra de la rigidez de la doctrina y el formalismo de la práctica religiosa, por ser emocional, podía traspasar los límites de la razón, además, fue un poderoso factor de la Contrarreforma. En ocasiones dio lugar a un erotismo insano ya que condujo a la indecencia y a la inmoralidad, esto se refiere a algunas embusteras que haciéndose pasar por místicas mostraban actos impuros que denigraban la imagen de Jesús y que de ese modo expulsaban un erotismo reprimido, si bien debe recordarse que esta actitud fue buscada debido a que necesitaban reconocimiento social, también debe tomarse en cuenta que las prohibiciones condujeron al rompimiento de la norma.

⁹ Isabel Poutrin, "Juana Rodríguez, una autora mística olvidada (Burgos, siglo XVII)", en Lou Charnon-Deutsch, ed., *Estudios sobre escritoras hispánicas en honor de Georgina Sabat-Rivers*, p. 274

En los tiempos de Santa Teresa, la emulación mística se había convertido en una plaga en los conventos. El misticismo produjo una serie de impostores, especialmente entre las mujeres de los siglos XVI y XVII, ellas fueron más propicias a conmoviones corporales, deseos libidinosos, fantasías eróticas, falsa santidad, brujería, aparente mística, artes diabólicas, ascesis y posesiones demoníacas. Junto a la violencia se desarrollaron fenómenos que llegaron a ser casi cotidianos: arrobos, revelaciones, visiones, acontecimientos maravillosos, profecías, milagros, estas acciones se llevaron a cabo en España, pero en las colonias españolas tuvieron su repercusión. Santa Teresa y San Juan de la Cruz habían prevenido acerca de ello.

Las falsas beatas o las revelanderas vieron con mucha credulidad y convencimiento la sobrenaturalidad divina y constituyeron un problema social y religioso; junto con las hechiceras sufrieron una hipertrofia de la personalidad pues buscaron la afirmación a través de la transgresión. También las taumaturgas que no estaban inscritas en una orden religiosa, estuvieron fuera del control centralizado y fiscalizado por la autoridad eclesiástica. Estas mujeres actuaban de forma libre, sin conexión con los ministros religiosos, y arrastraban clientelas. La beata perteneciente en su mayoría a la ciudad, canalizó sus prácticas de acuerdo con parámetros culturales urbanos. Asimismo, hubo el caso de mujeres y hombres que sugestionados por textos con exhortaciones ejemplificadoras de vidas de santos, beatos y venerables, se lanzaron a una aventura mística.

Las posesas, arrobadas, beatas, videntes, milagreras, embaucadoras, arrastraron a masas ávidas de portentos, los místicos

más virtuosos y santos podían ser sospechosos, por lo que el límite entre lo inofensivo y lo peligroso no estaba deslindado. Esto afectó mucho más a las mujeres, a quienes se les trataba de poner en orden, colocándolas en subordinación con respecto al hombre.

Un personaje importante en las narraciones fue el demonio cuya presencia permitió los excesos de sufrimiento corporal. Existieron sufrimientos que purgaban el alma, uno fue el dolor físico utilizando una disciplina de golpes, -el demonio nunca faltará en los castigos de penitencia para lograr los méritos de la heroína- también existió un dolor moral que implicó humillación. En el momento de la catarsis, el espíritu requería de la carne para merecer. Con esta práctica se estableció una relación con el más allá a través de lo sagrado.

Hubo casos en los que el ascetismo condujo a condiciones patológicas, dejando los claustros llenos de sangre, siendo la autotortura una continuación de un aprendizaje violento.

El cuerpo incidió en las obras religiosas, por ejemplo en una parte de la obra de San Juan de la Cruz se indica que en los estadios del misticismo se dan; "apariciones figuradas, audiciones, impresiones olfativas, gustos y deleites táctiles. Siguen las visiones imaginativas y llega el favor divino al puro entendimiento dándole ilustraciones que por analogía llamamos visiones, locuciones, revelaciones y sentimientos espirituales."¹⁰

La literatura didáctica estuvo llena de ejemplos donde el cuerpo femenino fue un motivo importante para la construcción de lecturas edificantes.

10 Guillermo Díaz-Plaja, (Dir.), *Historia General de las Literaturas Hispánicas III. Renacimiento y Barroco*, p. 76.

En España y en sus virreinos, se vivió en un clima donde la espiritualidad y la impostura se mantuvieron en límites precarios, muchas veces no definidos, donde lo sobrenatural prevalecía sobre lo natural. La creencia y la vivencia de lo extraordinario alcanzaron a hombres y mujeres, y predominó en éstas. Las experiencias sobrenaturales de las religiosas que vivían en un convento fueron recogidas por sus confesores con el fin de ser publicadas, esta intermediación era necesaria pues ellas no contaban con la autorización para hacerlo, por lo que para escribir y hacerse oír, varias mujeres recurrieron a estrategias como señalar que sus palabras provenían de Dios, con lo cual se aminoraba la presión que pudieran ejercer los inquisidores en los escritos, pues Él estaba por encima de las reglas terrenales.

En ese entonces se escribieron las llamadas hagiografías, que consistían en biografías y autobiografías monacales de religiosas prontas a santificarse por haber llevado una vida milagrosa.

En esos textos se nota que el tiempo y el espacio desaparecen, señalando como una característica importante lo sobrenatural, expresado en la facultad de transportarse de un lugar a otro sin importar la distancia, las religiosas tenían el don de ubicuidad, aparte de otros prodigios que tenían que ver con el cuerpo. La búsqueda y conservación de un cuerpo glorioso fue esencial en la mística, de ahí la importancia que se manifiesta en los escritos, el cuidado en querer hacerlo perfecto para el Amado, las mortificaciones que pasan tratando de doblegarlo, intentando ser como Cristo. Esas mujeres aspirantes a la edificación, trataban de negar la sexualidad de sus cuerpos y para lograrlo se

apoyaron en modelos de santidad que en muchas ocasiones se constituyeron en referentes difíciles de emular por la gran capacidad de sacrificio que representaban.

La vida edificante...está armada a base de momentos claves, figuras del relato, mediante los cuales se va haciendo el retrato; fuertes pinceladas captan la intensidad del parecido con su modelo. Cada momento crucial de la vida del mártir 'excede la medida, el peso, la densidad' de la vida cotidiana y alcanza por ello lo admirable, se vuelve maravilla.¹¹

Los ámbitos de la religiosidad tocaban todos los aspectos de la vida, por lo que la realidad, la cotidianidad, fueron base de la vida espiritual:

Para subrayar la espiritualidad de sus sujetos... [los] textos del siglo diecisiete toman dos caminos: ignoran la realidad cotidiana de la mayoría de las profesas o usan esas realidades para enfatizar su renuncia por las biografiadas. En ambos casos la realidad de la vida diaria es la base de la vida espiritual.¹²

Este proceder tiene que ver con la insistencia de los prelados de que los escritos monacales sirvieran como modelo para la sociedad. Si se acepta que en el misticismo existe un contacto espiritual con Dios, en el ascetismo el objetivo es la extensión

11 Margo Glantz, *Sor Juana Inés de la Cruz: ¿Hagiografía o Autobiografía?* p. 200.

12 Asunción Lavrin, "Cotidianidad y espiritualidad en la vida conventual novohispana: siglo XVII", en *Memoria del Coloquio Internacional Sor Juana Inés de la Cruz y el Pensamiento Novohispano* 1995, p. 212.

de los sentidos, y para lograrlo, los ejercicios ascéticos eran recomendados por los prelados considerando a las mujeres más mortificadas como las más santas, de hecho una buena parte de la bibliografía colonial aconsejaba su acción a través de manuales, catecismos, sermones y cartillas que normaron todas las actividades emprendidas por ellas.

Fueron los confesores quienes incitaron los ejercicios ascéticos en las monjas aun cuando eran prácticas que desaconsejaban grandes místicos como Santa Teresa o San Juan de la Cruz, estos actos propiciaron que muchas cayeran enfermas, aunque debe tenerse presente que el dolor era buscado como redención y virtud. Las duras penitencias hacían que muchas de ellas pensaran que estaban puestas a prueba por Dios, o bien veían la enfermedad como una oportunidad para lograr la santidad, por otra parte sus acciones servían para reforzar la creencia de los fieles.

La automortificación se convirtió en brutalidad contra el demonio, símbolo del mal, aconsejando algunos que la perfección cristiana era el odio a sí mismo, la negación de los cuerpos, por lo que debía tratarse con rigores y penitencias. La violencia se convirtió en expiación para frenar la carne o para vengar pasados desórdenes.

En las obras escritas por varones cuya voz fue impersonal, se notó la carencia de inmediatez a diferencia de la de mujeres; ellos solían hablar de las experiencias místicas considerándolas una norma o teoría, a diferencia de las mujeres que se referían a 'mi' experiencia mística, haciendo notar lo que pudo haberles ocurrido sólo a ellas y considerando que no era sólo parte

de su imaginación, sino también lo que habían experimentado en su propio cuerpo.

Las escritoras de esa época, religiosas encerradas en conventos, dedicaron parte de su vida a dar cuenta de sus vidas en obras autobiográficas que después pasaban por el tamiz de un biógrafo que era su consejero espiritual, y que se apropiaban de la letra escrita, sacando a luz los escritos que ellas habían hecho, apareciendo como autores. Estos textos tuvieron como modelo, anteriores obras provenientes de la Europa medieval. En las hagiografías se unía el lenguaje del cuerpo con el del alma, fue un lenguaje que se basó en sentimientos, estuvo dentro de los géneros intimistas junto a la confesión y al diario personal. Dice Philippe Malrieu que en ellas se evidencian los sentimientos más íntimos, en este sentido se estaría hablando de deseos no logrados que las religiosas querían alcanzar, como era llegar a unirse con Dios o, en último caso, sosegar apetitos incumplidos del cuerpo.

El cuerpo se convirtió en instrumento para llegar a la santificación y en un aliado contra la opresión masculina. El misticismo no pregonaba la unión con Dios a través de los sentidos sino a través de la contemplación, pero en el caso de varias biografiadas se hizo por medio del cuerpo y los biógrafos creen que se realizó tal hecho derivándose de la Edad Media, donde se sostenía que tales actos podían llevarse a cabo para encontrarse con Dios. Como parte de la retórica, las monjas hicieron alusión a su inferioridad y a su ignorancia como estrategias para protegerse de la censura, asimismo el cuerpo se convirtió en un aliado contra la presión masculina y fue usado como medio de expresión de la santidad. La metáfora y la alegoría se utilizaron

para representar el mal, y fue a través del cuerpo, cuya existencia como receptáculo del deseo y de fuerzas oscuras propiciaba el pecado, lo que condujo a la negación y a su anulación para terminarlo.

“La extravagancia religiosa, a la que fueron particularmente adeptas las mujeres, era como una fuerza de las violencias cotidianas y una búsqueda de protagonismo social y de autoafirmación personal.”¹³

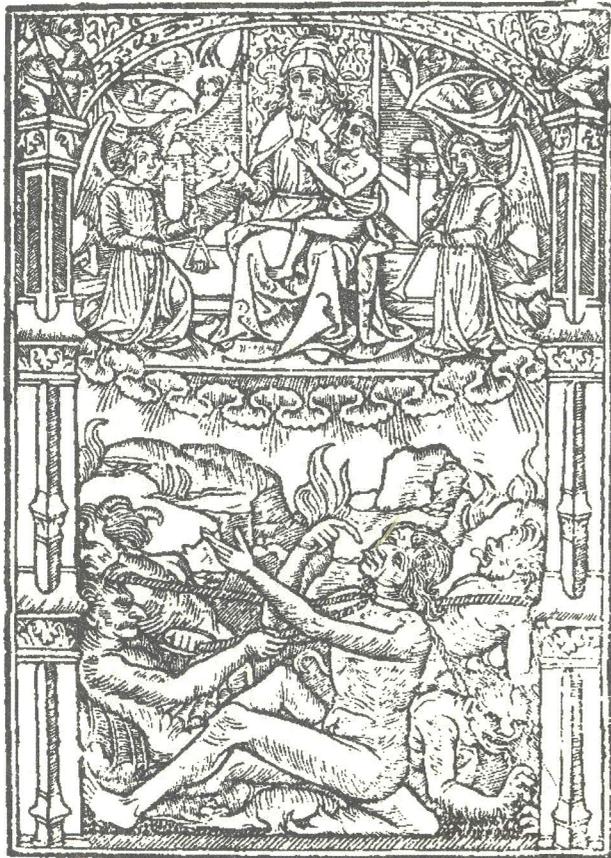
Las transgresiones se expresaron de dos maneras: una fue la ejercida por las religiosas quienes se autoflagelaban para sufrir los mismos padecimientos que Cristo había pasado y a través de ese sufrimiento alcanzaban la aprobación de los demás. La otra fue por parte de las pretendidas beatas, quienes a base de engaños y artimañas consiguieron la atención de otros con la misma intención que las religiosas. Ambas alcanzaron la santidad a través de su cuerpo en la vida diaria.

Para que las religiosas consideradas santas fueran veneradas, no fue necesaria una canonización, ni una beatificación, en ocasiones las prendas o partes del cuerpo fueron representaciones de la propiedad milagrosa que las envolvía, incluso ni siquiera la muerte podía romper ese vínculo con lo prodigioso, ya que la difunta podía continuar realizando portentos. Es así que el cuerpo tuvo un fin que persiguió hasta el final de sus días, ya que cuando morían podía percibirse la santidad por medio del olor suavísimo, como si el cuerpo despidiera una fragancia.

Visto de ese modo la profunda religiosidad fue un poderoso medio de sincretismo entre Europa y América.

13 Cristina Segura Graiño, Cristina “Religiosidad femenina: expectativas y realidades”, en La voz del silencio I.. Fuentes directas para la historia de las mujeres, (siglos VIII-XVIII), Religiosidad femenina: ep. 181

LO SOBRENATURAL COMO TRANSGRESIÓN



Jean Patit
Malleus Maleficarum

Algunos autores opinan que la noción de lo sobrenatural se remonta a la Edad Media, acompañado con la imagen que los españoles nos trajeron, donde por ello se entendía “una de las potencias del alma, o sentidos interiores, de la que, en cierta medida, hay que desconfiar, porque es fácil presa del enemigo”¹⁴ y no olvidemos que el enemigo al que se hacía referencia era el demonio o el cuerpo a quien el diablo tentaba, situación que se ajustaba bien en el ideario virreinal. Esta figura fue aliada de las religiosas y falsas beatas para conseguir su fin. A quienes tentaba por medio del pecado era a aquellas que se oponían y resistían sus embates malignos. Fue una colaboración no explícita que involucró a la sociedad colonial, creyente ferviente de los hechos sobrenaturales. Sin este imaginario no se habría podido llevar a cabo el reconocimiento femenino. Aunque también lo sobrenatural no sería posible si las autoras no hubieran utilizado la imaginación.

La imaginación surgió exaltadamente junto al goce de los sentidos con una relajación sexual. “Tolerancia ante los extravíos del apetito e intransigencia en materia de opiniones y creencias; manga ancha con el cuerpo y sus pasiones, rigor con el alma y sus desvaríos...”¹⁵

Como condición de santidad se dio el rechazo al cuerpo y se aceptaron solamente aquellos gozos que permitía la Iglesia, es decir los espirituales. Se hizo la división entre cuerpo y alma que se representó como una lucha entre el bien y el mal: al cuerpo se le achacaron todos los males, a él se le vio como el causante de

14 Ignacio Soldevila Durante, “La fantasmagoría en el corpus textual del medioevo”, en *El relato fantástico. Historia y sistema*, p. 76.

15 Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o Las Trampas de la Fe*, p. 108.

la desgracia; todo aquello que sirvió para dar placer al cuerpo fue malo;¹⁶ pero también tuvo su contraparte: fue un medio de salvación y de prestigio social. Los ejemplos de transgresiones surgieron de diversa manera, algunos fueron en contra de actos naturales de la vida y ocurrieron en religiosas cuyas vidas fueron extraordinarias, como cuando una de ellas murió y otra le cortó el dedo para guardarlo como reliquia y salieron borbotones de sangre; para coronar esta santidad y misterio, se dice que el cuerpo de la monja no ha sido encontrado y que se rehúsa a ser visto incluso por sus propias compañeras religiosas:

“No fola a los piadosos afectos, que han solicitado ver el cuerpo de la fierva de Dios, fe lo ha recatado su celestial efpofo, fino que tambien hasta el tiempo prefente, parece que ha ido poniendo embarazos, para que los superiores no ayan registrado aquel precioso tesoro...”¹⁷

El extremado fervor con que se miraba a las mujeres que habían llevado una vida plena de santidad se desbordaba con su muerte y con la imperiosa necesidad de conseguir una reliquia de su cuerpo.

En el mismo sentido, otro ejemplo lo da Francisca de los Ángeles, cuyas posesiones, autotorturas, castigos infligidos al cuerpo eran acompañados de debilidad mental, así como un estado físico de dolor, náuseas y vómitos, que la aproximaba peligrosamente hacia la visión demoníaca. Las visiones tenían un carácter

16 Cf. Julio Jiménez Rueda, *Historia de la cultura en México*, p. 96.

17 Fray Félix de Jesús María, *Vida, virtudes y dones sobrenaturales de la Ven. Sierva de Dios Sor María de Jesús, religiosa professa en el V. Monasterio de la Inmaculada Concepción de la Puebla de los Ángeles en las Indias Occidentales*, p. 454.

de misterio y trascendencia que eran patentes en signos tales como la incorruptibilidad del cuerpo, el olor suave del cadáver, el conocimiento de cuándo iba a morir la persona, entre otros más. El demonio tentaba a las monjas de diversas maneras, a María de Jesús, otra monja novohispana, le presentó imágenes obscenas y la única forma de vencerlo fue a través de los tormentos del cuerpo y de constantes oraciones: *“fe le ponian delante de la vifta las fombras del abifmo, en figura de hombres desnudos, reprefentandole objectos lacivos, y efcandalofos.”*¹⁸

A la misma religiosa, unos ángeles la llevaron al mar estando alguien en peligro, o bien veía naufragios, o aparecía en medio de una batalla, incluso proporcionó la fecha en que tuvo lugar la derrota de la flota española en 1628, sin ella haber tenido conocimiento previo. A pesar de que no podía dejar el monasterio, su poder de traslación le ayudaba para salir a cuidar a otros enfermos. Viajó, sin haberse marchado de su monasterio y visitó tierras de infieles y de cristianos. Fue tal su poder de ubicuidad que se pudo dirigir al Purgatorio. Para muestra se apareció con el cutis y cuerpo lastimados, de tal manera que nada podía refrescarlo. No todas tuvieron la misma capacidad de hacer milagros, aunque existen coincidencias muy cercanas entre los escritos de religiosas provenientes de la América española y de algunas otras publicadas en Francia y España. Como el caso de Margarita María de Alacoque, monja francesa, quien a diferencia de otros cuerpos de santas, cuyos cuerpos estaban intactos y fragantes, el de ella apareció corrompido excepto el cerebro, aun cuando ya habían pasado más de dos siglos de su muerte: *“Todos los huesos, como queda dicho, estaban secos y las carnes consumidas; pero el cerebro estaba intacto; había resistido la*

18 *Ibid.*, p. 79.

corrupción...había atravesado dos siglos sin destruirse.”¹⁹ En el caso de las religiosas esta creencia estaba más arraigada cuanto que ellas por ser mujeres tenían una participación en los milagros de manera mediadora, es decir sus cuerpos sólo eran los vehículos donde se orquestaba el prodigio. Los éxtasis traían consigo la posibilidad de padecer como lo había hecho Cristo. La santidad sólo se lograba a base de sufrimientos y dolores y, en el caso de la monja poblana Sor María de Jesús, llegaron al paroxismo. Son numerosos los sufrimientos, las humillaciones, los dolores experimentados, y por cada uno de ellos nunca hubo reproche o deseo de no sufrirlos, antes bien, daba gracias a Dios por concedérselos. Si bien ella se niega a su cuerpo, sin embargo también por él le es posible sentir la presencia de Dios y no sólo a través del espíritu. Además de tormentos, las religiosas padecieron éxtasis, en donde no era el espíritu el único que gozaba, sino también el cuerpo. Ciertamente se padecía sufrimiento, y los pecados entraban por él, de ahí su repulsa y al mismo tiempo aceptación de la penitencia. El problema era cuando se despertaban sensaciones halagadoras, esto era lo que tenía que rechazarse. De hecho éstas surgieron de manera continua y sobre todo en aquellas que fueron embaucadoras. La penitencia del cuerpo en los conventos era como:

[...] un nudo gordiano, un haz semántico en el que convergen la purgación de culpas, la observación de la norma, el desprecio de la propia persona y lo que menos podría sospecharse: la búsqueda inconsciente y distorsionada del placer. Suma de antítesis, constituye luz y sombra -más lo segundo que lo primero-, el espejo deformante de la imagen sufriente de la religiosa...

19 Anónimo, *Vida de la Beata...*, p. 209.

el puente que conduce a la salvación del alma y, en algunas de ellas, paradójicamente, al encuentro con la enajenación mental.²⁰

Las metáforas utilizadas por las religiosas dieron importancia a lo corporal, lo cual parecería contradictorio ya que la religión indicaba que el espíritu debía predominar sobre el cuerpo. Si bien en el púlpito se condenaba cotidianamente la posible intrusión del pecado en el cuerpo, las religiosas lo atacaban y algunas llegaron al desmayo por el tormento y otras a éxtasis espirituales.

En esta época surgió el Barroco. En la Nueva España no sólo fue un estilo artístico donde el cuerpo femenino encontró espacio, también fue una forma de vida; uno de los indicios se refiere a las contradicciones y paradojas de la elevada espiritualidad que querían alcanzar los novohispanos en contraste con la sensualidad ejercida; otro fue el rechazo a lo material, a las veleidades externas manifiestas en el rechazo al cuerpo, sin embargo el lujo con que varias mujeres se vistieron parece desmentir esta preocupación; fluctúan entre los conflictos de “lo ideal y lo personal, el cuerpo y el espíritu, la ortodoxia y el misticismo”;²¹

En esa época existía una aversión por el cuerpo, por los sentidos y por las consecuencias que acarrea el dejarlos libres, por lo que se argumentaba que el cuerpo pertenecía a la tierra y quien lo aborreciera se iría al cielo. Los éxtasis y las autotorturas se sostuvieron en este razonamiento. Esta actitud deviene de la idea de que el hombre debe prepararse física (por medio

20 Margarita Peña, Prólogo, en Carlos de Sigüenza y Góngora, *Paraíso Occidental*, p. 24.

21 Fernando Iturburu, *Autobiografía y misticismo femeninos en la colonia: la Relación escrita por Madre Josefa de la Providencia sobre Madre Antonia Lucía Maldonado*, p. 71.

de castigos al cuerpo) y espiritualmente (a través de la oración, de la contemplación), para la vida en el más allá, que finalmente es la que importa. El sufrimiento y el deber de padecerlo, imitando a Cristo, fue un tema obsesivo en la escritura, una vida sin dolor no conducía a la gloria, pero ese martirio no era sólo moral sino que se sustentaba en lo físico, por lo que se atacaba al cuerpo.

En el caso de la madre Antonia Lucía de Maldonado también se obraron milagros, todos sostenidos por testigos con nombre, y por la narradora, que en este caso es la recopiladora de los hechos, de nombre madre Josefa de la Providencia, quien había entregado los escritos a un confesor que repentinamente murió, así fue como pasaron a manos de la Inquisición, pero transcurridos algunos años la religiosa los encontró casualmente en su poder. El vómito fue otra forma de manifestación corporal que padecieron varias religiosas como la madre Margarita María de Alacoque, lo cual le ayudó a lograr la santidad ya que era una forma de doblegar al cuerpo, también fue víctima de la idea de que era posesa y que quería singularizarse; cabe decir que estas actitudes no eran bien recibidas, sus hermanas espirituales la tacharon de visionaria, se mofaron de ella.

La humildad junto a la sinceridad hacen creíbles el relato de la madre María de San José, escrito rescatado por Fernando de Iturburu, que se excedió en su sufrimiento, pero a diferencia de otras, su virtuosismo disipa cualquier duda; como parte de ese sufrimiento está el doblegar el cuerpo y por ende los sentidos: "Nunca miré el rostro de ninguna persona con atención ni con cuidado, i cuando llegava alguna de mis hermanas o mi madre, la oía sin verle el rostro. Fuera largo el decir lo mucho que aproveché i adelanté en el camino de las virtudes, con esta

mortificación de vista tube."²² La descripción de la forma en que atormentaba su cuerpo con cilicios, las llagas y los piojos que la torturaban y el haberlos soportado durante muchos años es indicio de la inquebrantable valentía, tenacidad y deseo de santidad de esta religiosa:

Este, (el silicio) desde el primer día que me lo puse, no me lo volví a quitar. Lo que hasía era ir apretando más i más las sintas con que estava atado, i, conforme fue andando el tiempo, se iba enterrando en las carnes. Eran tantas las sabandijas, que llaman piojos, que crió el silisio de serdas.[que] fue mucho lo que padecí, i grande la molestia. Los sentía andar como ormigas en las llagas que se me avían echo en la sintura, que casi me andavan comiendo sobre los uestos de las costillas. Los charcos de podre amanesían en el suelo donde dormía de lo que manavan las llagas.²³

La historia de esta religiosa es una de las pocas que son verosímiles, a pesar de la cantidad de milagros y sucesos sobrenaturales ocurridos, ello se debe seguramente a la sinceridad que expresan sus palabras y a la búsqueda de la espiritualidad de la religiosa sin valerse del cuerpo; también lo corrobora Fray Jerónimo Verduzco, quien es responsable de su beatificación al decir que esta obra tiene carácter histórico.

El manejo del cuerpo fue determinante para que la mujer detentara poder por lo que los ideales más difundidos fueron

²² Fernando Iturburu, *Autobiografía y misticismo femeninos en la colonia: la Relación escrita por Madre Josefa de la Providencia sobre Madre Antonia Lucía Maldonado María de San José*, p. 118.

²³ *Ibid.*, p. 116.

la virginidad y la castidad. "El valor de la castidad, como ocurre con toda sociedad altamente religiosa y represora, se convierte en obsesión... Manchar el cuerpo es, sobre todo para la mujer, agredir al cuerpo social y, en última instancia, al cuerpo místico de Dios."²⁴

Con la mortificación violenta y sistemática del cuerpo se lograba la liberación de la voluntad y se apartaba del pecado, precisamente la prohibición que tenían las religiosas de no tocarse, evitaba el placer carnal y por ende, el pecado. Con la Contrarreforma, la sexualidad fue interpretada de distinto modo, aquellas conductas que conducían a pecado debían ser dichas:

[...] las insinuaciones de la carne: pensamientos, deseos, imaginaciones voluptuosas, delectaciones, movimientos conjuntos del alma y del cuerpo, todo ello debe entrar en adelante, y en detalle, en el juego de la confesión y de la dirección. Según la nueva pastoral, el sexo ya no debe ser nombrado sin prudencia; pero sus aspectos, correlaciones y efectos tienen que ser seguidos hasta en sus más finas ramificaciones: una sombra en una ensoñación, una imagen expulsada demasiado lentamente, una mal conjurada complicidad entre la mecánica del cuerpo y la complacencia del espíritu: todo debe ser dicho.²⁵

Las diferencias físicas, innatas o adquiridas, incluyendo el sexo y las marcas de haber sufrido, caracterizaban a la persona, el cuerpo fue visto como algo sagrado que ayudó a comprender

24 María Dolores Bravo Arriaga, *La excepción y la regla...*, p. 98.

25 Michel Foucault, *Historia de la sexualidad. I. La voluntad del saber*, pp. 27-28.

el porqué las reliquias fueron tratadas como si tuvieran poder de santidad.²⁶ En este sentido, los trances catatónicos y ayunos largos y prolongados en las vidas de las mujeres santas, del mismo modo que los cuerpos incorruptos descubiertos a veces fuera de las tumbas podían ser interpretados como un signo de incorruptibilidad, de santidad y una glorificación del cuerpo.

Como caso curioso encontramos la vida de dos mujeres que dieron mucho de qué hablar en el siglo XVIII y cuyos nombres son María Rita Vargas y María Lucía Celis. Sus diarios dieron cuenta de aspectos poco ortodoxos en cuanto al significado que se tenía de la religión. Ellas simulaban tener contacto con Jesús de una manera muy cercana, contraria a los preceptos religiosos. Al igual que muchas religiosas (ellas no lo eran, no pertenecían a ninguna orden), tenían un confesor con quien entablaron una relación estrecha, el padre Antonio Rodríguez Colodrero, quien fue conducido a la Santa Inquisición por "ilusos y aprobante de falsas visiones y revelaciones y otras proposiciones". En los comunicados que ellas tenían con Jesús, les ordenó el tormento al cuerpo, uno de ellos, común en ese entonces fue el cilicio en la cintura, no obstante había cierta reticencia por parte de ellas para usarlo, porque temían que se suspendiese la menstruación, por lo que les ordena: "Mucho te cuidas y mientras te cuides el cuerpo, no podré hacer nada contigo; haz lo que se te manda, y si te enfermares mejor, pero si obedeces no te sucederá nada"²⁷ La sensualidad era parte de las visiones que tenían estas mujeres, en particular María Lucía Celis, quien en varias ocasiones describe actos violentos donde el demonio la quiere poseer, como el siguiente:

26 Cf. Caroline Bynum Walker, *Holy Feast and Holy Fast. The religious significance of food to medieval women*, p. 165.

27 Edelmira Ramírez Leyva, *María Rita Vargas, María Lucía Celis. Beatas embaucadoras de la colonia*, p. 63.

[...] y luego, la tiraron sobre de una cruz que en el suelo tenían puesta, y después que la crucificaron quisieron, a tirones, subirle la ropa para arriba, lo que no pudieron conseguir. Y con sus partes ocultas de fuera, un demonio se echó sobre ella y procuró dicho demonio abrir con sus piernas las de ella en lo que recibió fortísimos dolores en todo su cuerpo, pero más en los pies y la besó una vez en su boca... muchas desvergüenzas, deshonestidades y escupirle a la cara, le hacían los enemigos en todo ese tiempo[...]

La violencia ejercida en esta escena se repite en varias ocasiones mostrando una sensualidad exacerbada. En otras ocasiones se muestra una relación amorosa entre ella y Jesús. No es difícil imaginar la recepción de este discurso en una época donde la vida se regulaba por la religión.

Algunas de las visiones tenían que ver con la aparición del niño Jesús. Ello daba cuenta de la soledad de estas mujeres debido a la incapacidad de poder relacionarse con el sexo opuesto y tener hijos. Dato comprensible si se sabe que los hombres eran escasos en esas tierras debido a los prolongados viajes que tenían que hacer quienes eran comerciantes, a las guerras, a las epidemias, entre otros motivos.

Las penitencias encargadas a ellas son muy duras, y hacen comprensible el estado visionario y extático en el que caían pues vivían ayunando continuamente, con terribles dolores y con falta de higiene. Aunque no estaban enclaustradas, se prohibían salir más que para lo indispensable. En ellas su discurso timador fue palpable, aunque comprensible por la necesidad

de reconocimiento que tenían las mujeres en razón de las pocas oportunidades que existieron para dirigir sus vidas.

Al hablar de beatas embaucadoras se hace referencia a un tipo de discurso que utilizaron estas mujeres en el que tuvieron privilegio las sensaciones corporales sobre las espirituales. Al comparar los discursos de las religiosas con los de estas mujeres nos damos cuenta de varias diferencias: los objetivos son similares, aunque las primeras llegaron a tener contacto con Dios y las segundas no lo lograron; la forma de expresarse es distinta, existe un mayor cuidado en las religiosas debido a su educación, en cambio las otras no contaban con ella. El discurso utilizado por las embaucadoras tuvo hondos matices psicológicos que rayaron en la desmesura sensual. Las palabras expresadas por Dios para dirigirse a ellas fueron distintas de las utilizadas hacia las religiosas. No obstante, existen rasgos comunes como las visiones donde intervienen Dios y el Demonio, los ángeles. La soledad es un elemento común entre quienes fueron embaucadoras y quienes no lo fueron. Las visiones, los éxtasis místicos los tuvieron a solas. El encierro prolongado, los continuos ayunos, los tormentos persistentes al cuerpo definieron a un tipo de mujeres deseosas de sobresalir entre las demás. En algunas el intento fue claramente dicho, en otras, en aquellas que tuvieron un acercamiento espiritual no lo fue, pues su convicción religiosa fue genuina, pero ambas dan cuenta de las vicisitudes que tuvieron las mujeres en la época virreinal.

Aparecen imágenes ligadas al cuerpo que colaboran en la transgresión hecha al cuerpo, entre ellas está la sangre que es vista no sólo como un elemento purificador, sino como algo

necesario para llegar a la comunión con Dios: "Las obras en que la emplea ya hemos dicho que es la disciplina de sangre hasta por tres horas y aunque a veces a impulso de su rigor cae, pero es tanto su fervor que luego se levanta y la prosigue hasta llenar el tiempo."²⁸ Otra es la relación que existe con el demonio. Este es un personaje que actúa repetidamente para hacerlas caer en pecado, pero también es un aliado para llegar al reconocimiento. La relación entre ellos va a ser de lucha.

Los hagiógrafos incurrieron en extravagancias al describir a sus santos hermosos y rosados a pesar, seguramente, de la flagelación, las enfermedades y la muerte; de este modo quienes escribieron acerca del cuerpo estuvieron preocupados por llenar el vacío entre lo material y lo espiritual y dar al cuerpo un significado positivo. También es sorprendente que los cuerpos de muchas mujeres hayan sido encontrados completamente intactos después de muchos años de haber recibido sepultura. La obsesión por evitar el pecado estuvo relacionada con la importancia del cuerpo, éste sirvió de conducto para lograr la santidad o bien el pecado. No se concebía al hombre pecador por naturaleza, sino que el mal estaba a su alrededor y cualquiera podía contraerlo como una enfermedad.



Hans Baldung Grien
Witches concocting an ointment to be used for flying
to the Sabbath

²⁸ Ibid, p. 119.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

De regreso a nuestro contexto recordamos las palabras de Simone de Beauvoir: “la mujer se ha liberado de la naturaleza y conquistado el dominio de su cuerpo. Sustraída en gran parte a la servidumbre de la reproducción, podrá asumir el papel económico que se le propone y que le asegurará la conquista de toda su personalidad.”²⁹

Esto es cierto en una mayoría de mujeres, pero ya presentamos el caso de otras que persistieron para darse a conocer en la sociedad que le tocó vivir. Este es el caso de mujeres que sufrieron para lograr un reconocimiento y a las que ahora no se les recuerda.

Diversas lecturas nos han mostrado que el hombre no ha considerado a la mujer como su igual, la ha tomado como su otro, como algo diferente, como algo que atrae y a la vez que excluye. La mujer ha tenido que inventar estrategias para liberarse de esta visión y adoptar otra más libertaria, como aquellas construidas por las religiosas en la época virreinal.

La escritura femenina ha dado cuenta de algunas propuestas para efectuar un cambio, una de ellas consiste en la exploración del cuerpo femenino, el cual ha sido objeto de tabú y ha sido definido en función del deseo del hombre más que por el de la mujer. En ese sentido, coinciden Rosario Castellanos y Hélène Cixous al señalar que el ejercicio literario se debe efectuar desde una conciencia sexuada -esto es posible en la actualidad, pero en la época que estudiamos no lo era-. Con este proceder se hace suponer que el inconsciente logrará su liberación después de haber estado atado durante años y dará cabida al nacimiento de una nueva mujer.

²⁹ Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*. La experiencia vivida, p. 162.

La narrativa contemporánea difiere de la estudiada en múltiples aspectos, una de ellas hace referencia al uso de imágenes femeninas adscritas a los parámetros de la imaginación masculina, que en la actualidad se han fracturado, y en su lugar aparecieron otras más plenas, en las que la mujer tiene más consciencia de su papel sexual, proyectando así un Yo, elaborado a partir de una definición femenina, resaltando el cuerpo de la mujer. De manera insistente se ha mencionado que la mujer ha buscado en la escritura un reconocimiento de su identidad. Al reconocer que "la poética femenina es la búsqueda de una identidad -de texto y de sexo-, el recorrido de la pluma inscribe la imagen de un cuerpo, pero evoca también el paso de lo reprimido."³⁰ En este sentido ha sido doloroso reconocer la falta de inequidad en varios órdenes de la vida, el arduo camino que se ha tenido que recorrer para llegar al logro de una vida más plena y la satisfacción por haberlo logrado.

Todo esto ha conducido a la creación de una identidad que responde a la imagen de mujer transgresora, en donde sus creadoras erigieron una voz propia y se apropiaron del lenguaje para expresar su subjetividad, de la misma manera en la que sus antepasadas tuvieron que hacerlo.

30 Adriana Méndez Rodenas, "Tradición y escritura femenina" en, Cuadernos de trabajo, Puebla, UAP, 1985, No. 8, p. 11.

BIBLIOHEMEROGRAFÍA

- Beauvoir, Simone de, *El segundo sexo 2. La experiencia vivida*, México, Alianza Editorial, Siglo Veinte, 1994.
- Bravo, María Dolores, *La excepción y la regla*, México, UNAM, 1997.
- Bynum Walter, Caroline, "El cuerpo femenino y la práctica religiosa en la Baja Edad Media" en Michel Feher con Ramona Naddaff y Nadia Tazi, eds., *Fragmentos para una Historia del cuerpo humano*, Madrid, Taurus, 1990.
- Delumeau, Jean, *El miedo en Occidente*, México, Taurus, 1989.
- Díaz-Plaja Guillermo, dir., *Historia General de las Literaturas Hispánicas III. Renacimiento y Barroco*, Barcelona, ed. Vergara, 1949. t. III.
- Ferré, Rosario, *Sitio a Eros*, México, Joaquín Mortiz, 1986.
- Foucault, Michel, *Historia de la sexualidad I. La voluntad del saber*, México, siglo XXI editores, 1991.
- Glantz, Margo, *Sor Juana Inés de la Cruz: ¿Hagiografía o Autobiografía?*, México, Grijalbo, UNAM, 1995.
- Iturburu, Fernando, *(Auto)biografía y misticismo femeninos en la colonia. La Relación escrita por madre Josefa de la Providencia sobre Madre Antonia Lucia Maldonado*, United States, Bell & Howell Company, 1998.
- Jesus Maria, Felix de, *Vida virtudes y dones sobrenaturales de la Ven. Sierva de Dios sor Maria de Jesús religiosa profesada en el V. monasterio de la Inmaculada Concepcion, de la Puebla de los Ángeles en las Indias Occidentales*, Roma, Imp. Joseph y Phelipe de Rossi, MDCCLVI.
- Jiménez Rueda, Julio, *Historia de la cultura en México. El Virreinato*, México, editorial Cultura, 1960.
- Lavrín, Asunción, "Cotidianidad y espiritualidad en la vida conventual novohispana: siglo XVII", en *Memoria del Coloquio Internacional. Sor Juana Inés de la Cruz y el pensamiento novohispano*, México, Instituto

Mexiquense de Cultura, 1995.

Méndez Rodenas, Adriana, "Tradición y escritura femenina" en, Cuadernos de trabajo, Puebla, UAP, 1985, No. 8

Paz, Octavio, Sor Juana Inés de la Cruz o Las Trampas de la Fe, México, FCE, 1994.

Peña, Margarita, Prólogo, en Sigüenza y Góngora, Carlos, Paraíso Occidental, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995.

Poutrin, Isabel, "Juana Rodríguez, una autora mística olvidada (Burgos, siglo XVII)", en Lou Charnon-Deutsch, ed., Estudios sobre escritoras hispánicas en honor de Georgina Sabat-Rivers, Madrid, ed. Castalia, 1992.

Ramírez Leyva, Edelmira, María Rita Vargas, María Lucía Celis. Beatas embaucadoras de la colonia, México, UNAM, 1988.

Rubial, García Antonio, La santidad controvertida, México, UNAM, FCE, 1999.

---, "Ángeles en carne mortal. Viejos y nuevos mitos sobre la evangelización de Mesoamérica", en Signos históricos, Revista Semestral, Departamento de Filosofía, Iztapalapa, Núm. 7, enero-junio, México, 2002.

Sánchez Lora, José Luis, Mujeres, conventos y formas de la religiosidad barroca, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1988.

Sefchovich, Sara (Comp.), en Mujeres en espejo I. Narradoras latinoamericanas, siglo XX

Segura Graiño, Cristina, "Fuentes para hacer una historia de la religiosidad de las mujeres", en Religiosidad femenina: expectativas y realidades, (s. VIII-XVIII), Madrid, AL-MUDAYNA, 1991.

Soldevila Durante, Ignacio "La fantasmagoría en el corpus textual del medioevo", en El relato fantástico. Historia y sistema, España, Ediciones Colegio de España, 1986. (Colecc. Biblioteca Filológica)

Este libro se terminó de imprimir en
Gráfica del Sur, calle Real número 16
Colonia Galeana, CP 39010
Chilpancingo, Guerrero
con un tiraje de 500
ejemplares más sobrantes
para reposición. Se usaron tipos
Myriad Pro de 11 y 9 puntos.
Bajo el cuidado de
Isaías Alanís

Silvia Guadalupe Alarcón Sánchez
Originaria de Chilpancingo, Gro., Obtuvo su Doctorado en Letras por la UNAM, Se ha desempeñado como docente y académica realizando labores de investigación y para el mejoramiento del nivel escolar en la UAG. Su producción académica es vasta. Ha participado con diversas ponencias en foros, coloquios y seminarios en la entidad y el país. Ha publicado textos en coautoría y como autora. Ha participado en presentaciones de libros en calidad de comentarista. Gracias a su trabajo como académica ha recibido reconocimientos a su labor Obtuvo la beca al Desempeño PROMEP para estudios de doctorado, el Perfil PROMEP 2002-2005 y el Perfil PROMEP 2007-2010, Actualmente su investigación es sobre la mujer, titulada: "El cuerpo femenino como vía de transgresión en textos virreinales del siglo XVIII"



Guerrero
SECRETARÍA
DE LA MUJER



Programa Editorial
Nueva Vision 2007

